

'CON LA LENGUA FUERA'

de J. M. Castillo Navarro

Un corto período de tiempo ha mediado entre «La sal viste luto» y esta segunda novela de J. M. Castillo N. Primero, la sal. Luego, la sed. El protagonista implícito es en las dos obras el mismo. Un complejo tierra-ambiente, que gravita y manda sobre los hombres que en él respiran, que en él se enraizan. Para el autor, la tierra simboliza la inextinguibilidad de lo inmutable; predestinación, fatalismo. Símbolo que aparece en las dos novelas. En la primera, los hombres que viven en las salinas, en los campos blancos y amargos, son amargos también, prematuramente amigos del blanco óseo de la muerte. Sin opción; porque el ambiente brota de la tierra como una planta. Planta que no puede ser otra. Sin esperanza.

En su segunda novela, ese fatalismo se dulcifica. Hay una bondad que redime, una esperanza que gana. Sí; el autor humaniza el látigo que esgrime. Concede un vector de libertad, de elección, de amor, capaz de vencer todo presunto sino, toda hipotética inexorabilidad.

La tierra sigue, no obstante, con su áspera dureza. Primero fué blanca. Ahora es rojo-siena, agrietada, sedienta. Y los hombres que la cuidan tienen sed como la tierra. Y hay quien comercia con la sed de la tierra, con la sed del hombre. La tierra se abre, se hiere a sí misma. Seca, con la lengua fuera, —igual el hombre—, clama por el agua. Por el agua que el síndico, que tiene el dos por ciento por cada hila, esta subastando en el alporchón.

No llueve; pero hay agua de reserva. Bendita reserva. Maldita reserva. Una sed común de hombres y tierra es lo que se ventila en la subasta. No hay agua para cada huerto, no hay agua para cada hombre. Sólo para uno; para quien puje más. Y crece la sed del hombre, y con la sed del hombre la avaricia de los traficantes.

La sed baja de la garganta a los corazones. Los corazones se agrietan también como la tierra. Y hay quien

«JULI CESAR», de Shakespeare, en versión catalana de Josep M. de Sagarra

Al estrenarse esta versión sagarriana de la tragedia de Shakespeare, se han puesto de relieve varias cosas: que Shakespeare es un autor cuyas obras están escritas a pruebas de malos actores; que Sagarra ha llevado a cabo un trabajo magnífico, para el cual los intérpretes catalanes no están preparados ni mucho menos; que Esteban Polls es un inteligente director de escena y.... Bueno, esto lo diré al final.

Pasemos revista a estas cosas: si en Inglaterra existen compañías especializadas en la interpretación de Shakespeare no se debe, me parece, al hecho de que Shakespeare sea un gran autor nacido en Inglaterra sino a que interpretar sus obras requiere toda una escuela y toda una preparación. ¿Cómo se va a improvisar, pues, entre nosotros, una pléyade de intérpretes shakespirianos, cuando los actores catalanes aun no han conseguido un nivel medio que les permita representar con cierta naturalidad una comedia ligera? Sin embargo, lo que en el teatro griego de Montjuich se ha representado era Shakespeare, aun a pesar de los intérpretes, gracias al talento de Sagarra y gracias a Shakespeare.

La versión sagarriana es impresionante. Tiene una gran fuerza dramática, una excelente capacidad de matiz verbal que recoge la contenida violencia expresiva de un «Marco Antonio», la noble angustia y la lealtad doliente de un «Brutus», la insidiosa envidia de un «Casca».... Es una labor notabilísima, digna de la ejecutoria de José M. de Sagarra, y en la que el poeta no sólo ha puesto en juego su conocimiento teatral sino que también su sensibilidad lírica. Lástima que una sola expresión se escapara del sentir del contexto y de la sensibilidad del lenguaje de Shakespeare.

No obstante, este «Juli Cèsar» de Sagarra nos hace esperar con gran interés las otras versiones del mismo autor que el poeta

tiene escritas.

Evidentemente, Esteban Polls sabe qué se trae entre manos. Su talento de director es notable. Su montaje de «Juli Cèsar» ha sido perfecto. Y ha aprovechado todas las posibilidades que el Teatro Griego de Montjuich le ofrecía. Con la cual la representación también tiene caracteres de bien organizado y bello espectáculo. Además, Esteban Polls ha resultado ser el único actor aceptable, el único que entendía y sabía expresar la responsabilidad artística de sus parlamentos y de la obra en general. Aunque también hay que ser justos con Maria Matilde Almendros, que realiza con buen estilo su breve papel de «Calpurnia».

El conjunto de la representación shakespiriana es interesante, teniendo en cuenta los pros y los contras. Vale la pena acudir al Teatro Griego de Montjuich. La grandeza de unos parlamentos, de unas paradigmáticas situaciones humanas, de un elevado concepto de la vida, se manifiestan ejemplarmente en los diálogos de «Julio Cèsar», que tienen la gravidez de una honda meditación.

...Y lo que guardaba para el final es esto: causa tristeza y enojo ver casi vacío el hemiciclo del Teatro Griego. ¿Dónde están los catalanes que aman la cultura y que aman la Literatura escrita en su lengua? ¿Cómo se explica esta casi total ausencia de público en el Teatro Griego, cuando se estrena la versión sagarriana del «Julio Cèsar»? En una ciudad como Barcelona, y significando lo que significa este estreno, las graderías tenían que estar llenas a rebosar, y a diario.

Es lamentable tener que escribir esto, pero se trata de una impresión directa y que obliga, quieras que no, a pensar muchas cosas y no todas ellas muy halagüeñas.

Enrique Badosa.

soporta el dolor, y hay quien se envenena y envenena. Cada hombre reacciona distinto, pero es casi imposible que consigan librarse del mal. Tonia. Manuel, el tío Alberto, Zacarías, Mariano... Según el carácter, la herida. Y un grito de jagua!, de justicia, en cada boca, en cada voz. Un grito ronco de sed; ofuscado. No pueden acertar, y se condenan los unos a los otros. Y cada uno se convierte en juez y verdugo de su hermano, porque la sed ahogó entre sus grietas a todo amor. Únicamente una mano es capaz de ayuda: la de Ana, la viuda. Mano que quedó extendida de tanto pedir; y, así, pudo ayudar. Pese a quererlo, su amor va más allá de su te-

rruño, de su huerto. Ama al prójimo como se ordenó que se hiciera. Con sed de justicia, con humildad, con misericordia, con pureza de corazón; con exigencia.

La obra es, desde luego, un valiente alegato contra las injusticias sociales. Pero es también una acusación particular para cada hombre; tanto para el que oprime, como para el oprimido; tanto para el que se rebela, como para el que consiente. Quien pide justicia, debió antes, con todas sus fuerzas hacerse digno de un mundo mejor. Y en la obra se apunta el norte de ese merecimiento.

«Con la lengua fuera» es un puro grito. Acero, el estilo. Singular estilo, que esta

segunda novela lo confirma como específico de su autor.

Vivos, rotundos, sus personajes; sufrientes y sufridos, buenos y malos, a la vez, de puro humanos. Inconfundibles.

Si la sed acusa y acrecienta sus pecados, la misma sed los redime.

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia; porque ellos serán hartos.» (S. Mt. 5-6)

La obra ha sido editada por Luis de Caralt, — Barcelona 1957—, con su acostumbrada pulcritud. Un sol rojo en la sobrecubierta nos habla, al mismo tiempo, de sed y de amanecidas. Acertado portadón, síntesis de la novela.

L. d'Andraitx